

LA PROTESTA

Precio 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL

Porte pagó

U. Telefónica 0478 B. Orden

Redacción y administ. : PERÚ 1537

Valores y giros a A. Barrera

La lucha contra el hambre

No sólo el gobierno bolchevique está obligado a apelar al concurso de la burguesía internacional, interesada en la reconstrucción capitalista de Rusia, para luchar contra el hambre que diezma a una buena parte de la población del que fué imperio de los zares. La lucha contra el hambre, que es un fermento de revoluciones cuando no logra agotar por completo la energía productora y creadora del pueblo, cuando no se convierte en enfermedad endémica que destruye todo elemento vitalizador en las grandes masas vencidas y resignadas, constituye hoy la preocupación de todos los gobiernos.

El capitalismo, que buscó en la guerra una válvula de escape a su vesania y el medio de descongestionar los depósitos abarrotados de mercaderías y los arsenales repletos de armas (que son también una industria que da de comer) se encuentra ahora ante el grave problema de la falta de producción. No que la tierra se haya esterilizado en esos cuatro años de matanza, negando a los hombres los generosos frutos de su vientre fecundo. Es que persisten aún las condiciones del período de guerra, la desorganización industrial y comercial propia del desequilibrio producido por el formidable choque, y hasta se han agravado en la paz esas condiciones debido a los hábitos de holganza adquiridos por los que vivieron en las trincheras esos cuatro años de matanza y también a la insaciabilidad del apetito de los que se acostumbraron a llenarse la andorra con los desechos del macabro festín.

Vencedores y vencidos, al hacer el balance de sus ganancias y de sus pérdidas, se encuentran en parecidas condiciones. Por eso la lucha contra el hambre es la consecuencia más legítima de la guerra, obligando al capitalismo a agotar todos sus recursos para normalizar la situación económica del mundo, única manera de mantener el equilibrio internacional y la seguridad interior de las naciones. ¿Qué importa que los gobiernos vencedores, fieles a la tradición histórica de que, el más fuerte es el que debe imponer la paz y restablecer sus energías a costa del vencido, se empeñen en imponer sus tratados políticos, económicos y militares? Europa es un organismo único, pese a sus divisiones geográficas y políticas, que necesita mantener en equilibrio su funcionamiento para que no se produzcan desarreglos en cualquiera de sus partes. Y el problema, para el capitalismo, consiste en alimentar

el estómago famélico de ese continente envejecido y agotado por la última bárbara sangría.

Francia, victoriosa en la guerra con Alemania, se ve obligada a emprender una ruda batalla contra el hambre. La victoria no impidió que

el problema del pan nos demuestre toda la gravedad de la situación en que se encuentra la burguesía francesa. "Francia — decía el corresponsal en París de un diario de esta capital —, que quiere vivir de sus propios medios, se apresta a li-

cientemente Francia y Argella, para satisfacer el consumo interno y las necesidades industriales. Con ese objeto la Semana del Trigo estudiará los mejores medios para divulgar entre productores, técnicos, molineros y panaderos, las semillas seleccionadas susceptibles de responder a las diversas exigencias del mercado nacional".

Pero con inducir a los agricultores a que siembren más trigo, aumentando así la capacidad productiva de Francia para independizarla de los países productores — entre ellos la Argentina — no se soluciona el problema de inmediato. De ahí que el citado corresponsal, después de darnos a comprender que el gobierno se acordó de Santa Bárbara cuando oyó los truenos sobre París (esto es, las protestas del pueblo por falta de pan), agregue lo siguiente:

"La Semana del Trigo es sólo una parte de la acción de defensa económica emprendida por Francia, a fin de defenderse de la depreciación de la moneda y cuerdamente inspirada en la sospecha de que no conviene confiar en Alemania para la restauración de su economía. Esa acción persigue incansablemente al ciudadano en las escuelas, en los clubes, en los teatros, en los tranvías y hasta en los restaurantes, donde se patina la voracidad de la clientela mediante patrióticos carteles de este tenor: "No desperdiciar el pan, es servir a Francia".

"Las corporaciones municipales han dirigido manifestos al pueblo aconsejándole la economía del pan, reemplazándolo por otros alimentos, como las patatas, arroz y legumbres.

"Además, en virtud del decreto de 3 de diciembre, se permite incorporar a un 90 o/o de harina entera de trigo (10 o/o de centeno o arroz; y otro decreto posterior hace obligatoria, a partir del 25 de diciembre, la panificación en esas proporciones, con lo cual se volverá al pan de guerra".

Dudamos que con carteles patrióticos y otros entretenimientos espirituales... se logre satisfacer las exigencias del estómago. Pero demos a conocer esos medios de "combatir el hambre" empleados por el gobierno francés, para que se vea hasta dónde llega la preocupación de los capitalistas que ganaron la guerra y a qué extremos llevó la victoria a la burguesía en bancarrota.

La lucha contra el hambre es un episodio macabro que contemplará la humanidad durante muchos años, como legítima consecuencia de la pasada guerra. Pero lo malo es que de esa lucha no saque el proletariado la enseñanza necesaria para poner fin a este régimen de anarquía y de trogloditismo.

Por cada hombre leal he encontrado diez traidores; por cada hombre agraciado cien ingratos; por cada hombre desinteresado, ciento que no buscaban en la política sino la satisfacción de sus apetitos. — Pi. y MARGALL

Conferencia de Londres



—Moi, yo quier la liberté, la fraternité, l'egalité...

—Yes, yes! You también!

—¿E yo?

la burguesía francesa sufriera las consecuencias del desequilibrio europeo y la desarticulación económica de la Europa agotada por esos cuatro años de guerra y de improducción. Por eso el gobierno francés, convencido de que con las reparaciones impuestas a Alemania no solucionará el problema económico, se propone obligar al proletariado a que realice el segundo sacrificio: que aumente la producción y coma menos. ¿Qué otra solución se le puede ocurrir al capitalismo?

brar una batalla económica con el mundo". Y agregaba:

"Leyes, proclamas, prohibiciones, manifestos y la constitución de organismos económicos, todo ello apoyado por una prensa disciplinada, constituyen la vanguardia que realiza las primeras operaciones de la guerra para la conquista del bienestar e independencia nacional.

"A ese género de iniciativas corresponde la Semana del Trigo de Francia, que se celebrará en París del 23 al 28 de enero, con objeto de fijar el programa de la campaña de 1923. El gobierno se propone liberar al país de la importación de trigo e tranjero, produciéndolo sufi-

EL ÚLTIMO REFUGIO DEL ESTATISMO

De la "dictadura del proletariado" a la "dictadura sindical"

No somos nosotros, no es esta generación la que ha comenzado la brega generosa por la libertad y el bienestar humanos. La reacción contra el mal, contra toda causa susceptible de limitar, presionar, dificultar y obstruir el libre desenvolvimiento de nuestra personalidad física y espiritual es un proceso puramente biológico. Pero sin remontarnos a los crígenes de la vida, a las expresiones vitales de la célula, con lo cual podríamos llenar páginas y más páginas para probar una verdad que nadie pone en duda: la de que el dolor, la injusticia, el mal-estar social no son de ningún modo factores de estabilidad, sino, al contrario, aguijones de inquietudes y de luchas, filijónes sólo en el proceso de desarrollo del republicanismo. El republicanismo fué en su oportunidad la más extrema concepción política: ser republicano en la primera mitad del siglo pasado equivalía a ser lo que es hoy un anarquista, desde el punto de vista de los intereses de las fuerzas sociales conservadoras. Pero en el fondo, el republicanismo estaba condenado al acuerdo con la monarquía porque dejaba existente el principio de autoridad, sobre el cual armonizaban los enemigos de la revolución anárquica. El dolor universal no podía ser suprimido por un cambio de la decoración política, y los sucesos históricos han llegado poco menos que a desconocer las sutiles diversidades de republicanos y monárquicos y no extraña ya a nadie que aquellos den vivas a la monarquía o que estos se aferren al sostenimiento de la república. Lo esencial es conservar el Estado. Y si se conserva el Estado, de hecho se deja persistir la organización infuena actual. Ahora bien: el mismo proceso del republicanismo es el que seguirá fatalmente la rama radical de la social-democracia marxista, el bolchevismo. En lo fundamental este no nos ha traído de nuevo más que una serie de palabras de orden y de artificios demagógicos. El viejo "sufragio universal", el famoso "gobierno del pueblo por el pueblo" habían perdido toda seducción para mantener las masas populares sujetas al yugo del estatismo, social y económico. Los bolchevistas izaron la bandera oportunista de la "dictadura del proletariado". Como la palabra quiere interpretar un instinto de las masas productoras halló tanto eco como en otros tiempos lo halló la fórmula democrática del "gobierno del pueblo por el pueblo". Para que esta última mentira se desvaneciese en el alma de los trabajadores fueron precisos cincuenta años de prácticas parlamentarias, de constitucionalismo y de sufragio. Para que la concepción de la "dictadura del proletariado" pase a ser una perdida ilusión más, no habrá necesidad de tanto tiempo. A los cinco años de experiencia en Rusia, apenas quedan más adeptos sinceros y conscientes de ese triste engaño, que los mercenarios del Estado ruso. Pero si el convencimiento fué más rápido, no por eso ha sido menos desastroso en sus consecuencias para la revolución emancipadora que el largo desarrollo de la farsa del gobierno del pueblo por el pueblo. Y el balance de las conquistas políticas y económicas de la humanidad productora permanece invariable bajo los reyes de derecho divino, bajo el constitucionalismo, bajo la república democrática y bajo la dictadura del proletariado. Mientras se gobierna, sea en nombre de Dios, de la constitución, del pueblo o de los trabajadores, la realidad social es la misma: injusticia, desigualdad, explotación y dominación del hombre por el hombre.

Hemos repetido esto incesantemente durante medio siglo; sin embargo no llegó a imponerse como criterio de verdad universal. Será preciso volver a reditar la demolición crítica de la sociedad actual hecha en los cincuenta años de propaganda específicamente anarquista. Estamos aún allí donde el profético Bakunin llegó; no hemos superado al gran propagandista. Hoy como ayer, es verdad que "cuando en nombre de la revolución se quiere hacer Estado, aunque no sea más que provisorio, se hace reacción y se trabaja por el despotismo, no por la libertad: por la institución del privilegio contra la igualdad" (1)

A este principio del anarquismo no hizo excepción la "dictadura del proletariado", el "estado transitorio" de los bolcheviquis. Es decir, la dictadura del proletariado pasó a la categoría de las creencias y los valores muertos, de las ilusiones desvanecidas en las masas revolucionarias. Sería ya tan imposible resucitarla como dar nueva vida en la conciencia de los trabajadores a la fórmula del "gobierno del pueblo por el pueblo". No obstante, el estatismo se resiste a morir y así como en otras épocas estaba su seguridad en la exageración de su poder ostensible, hoy la busca en la invisibilidad, en la simulación de su despotismo. Se oculta y se disfraza como se ocultan y se disfrazan la maldad y la iniquidad frente a las conciencias honestas y rectas. En los propios bolcheviquis está bien patente, mucho más que en los demócratas republicanos y socialistas esa simulación del estatismo, Lenin es el más hábil teorizador — aunque no correspondientemente hábil en la práctica — de esa simulación antiautoritaria. Su libro sobre el Estado y la revolución es una ingeniosa maniobra para seducir a los vacilantes en sus ilusiones autoritarias. Pero la venda ha caído de los ojos del pueblo trabajador y no hay quien pueda evitarle que apréche la "dictadura del proletariado" como una criminal impostura. Su reacción contra esta mentira, parece, desgraciadamente, que lleva trazas de incurrir en el mismo defecto. Así como un tiempo se apartó de la monarquía creyendo hallar su dicha en la república; así como después se apartó de la república para poner todas sus ilusiones en el gobierno en nombre del proletariado, la creencia autoritaria se resiste a morir, se resiste a desaparecer y los trabajadores se hallan en cierto modo dispuestos a abrigar una vez más en su corazón, a gastar una vez más sus energías en pro del sofisma estatista de que la dictadura gubernamental no debe residir en los partidos políticos sino en

los sindicatos puramente obreros, y en consecuencia se proclama la fórmula: "¡todo el poder a los sindicatos!"

Para el movimiento revolucionario de los trabajadores, la novísima máscara del estatismo es tan peligrosa como la fórmula de la "dictadura del proletariado" defendida y propagada por el marxismo.

La sangrienta experiencia rusa y el desmoronamiento universal de las esperanzas revolucionarias han puesto ya, hay derecho a decirlo, la fórmula de la "dictadura del proletariado", fuera de combate, junto a los demás sofismas y palabras demagógicas de los partidos políticos en general. ¿Será necesaria una experiencia como la realizada en Rusia por los bolcheviquis para demostrar que el último refugio del estatismo, la dictadura sindical, no será en la realidad más que lo que es todo gobierno, un instrumento de reacción y de opresión del hombre por el hombre?

El dominio de clase

¿En qué puede justificarse el dominio de clase? Según los actuales dominadores, es en la superioridad de instrucción y de conocimientos. Los trabajadores son ignorantes y necesitan pastores que los guíen y los dirijan. Es cierto que la burguesía tiene a su servicio las ciencias y la posibilidad de su aprovechamiento y empleo y que los trabajadores, científicamente, no están a la altura de la burguesía. Pero la superioridad de la civilización del trabajo está en los principios de justicia que la anima, y esos principios de justicia no pueden florecer bajo el imperio de la dominación del hombre por el hombre. Si los fundamentos esenciales de la superioridad de la civilización del trabajo son desconocidos o despreciados, los trabajadores pierden su fuerza principal en la lucha contra la burguesía: los valores morales que justifican sus anhelos revolucionarios. Y cuando se propaga el dominio de clase, se pisotean todos los valores ideales de la civilización del trabajo para cifrar en la razón de la violencia el más alto jalón del éxito.

No es el dominio de los trabajadores sobre la burguesía, desde el punto de vista de la justicia social, preferible a la dominación de la burguesía sobre el proletariado; podrá aquél quizás beneficiar posiciones personales, dar el poder y el bienestar a los que hoy sufren las consecuencias del privilegio, del bienestar y del poder por la clase dominante, pero no es sino una caricatura de revolución la que cambia sólo algunas apariencias externas y deja persistentes las bases y las fuentes de la iniquidad, de la desigualdad, de la esclavitud.

Como es un mito la justicia social sin la libertad individual, es también un mito la libertad individual bajo el dominio de antiguas castas religiosas y militares, como bajo el dominio de la nobleza primero y de la burguesía después, la justicia y la libertad — por consiguiente también el bienestar —, se vieron proscribas y burladas, no creamos que bajo el dominio de los trabajadores esos sublimes bienes reinarán en la tierra. El bienestar social debe ser un productor de la libertad individual, no de los decretos y disposiciones estatales, dictados en nombre de Dios, de la Constitución, del pueblo, de los trabajadores o de los sindicatos. Hemos tenido ya gobiernos de derecho divino, constitucionales, democráticos y proletarios. Y por si la ex-

periencia humana no hubiera sido colmada en grado suficiente, se nos quisiera hacer soportar el gobierno sindicalista, antes de adoptar definitiva y universalmente nuestra tesis libertaria de la revolución. El gobierno sindicalista no es menos sugestivo y demagógico que lo fué el sufragio universal en sus tiempos; halaga las pasiones y los extravíos de la mentalidad proletaria que, subyugada durante siglos y siglos, aspira a emanciparse a cualquier precio y no llega a darse perfecta cuenta de que si el mundo estuviere ordenado por gobernantes proletarios, elegirlos en los sindicatos obreros, las cosas no marcharían mejor que si los gobernantes fuesen burgueses elegidos en los comicios electorales, en los cuarteles o en las barricadas.

Por lo demás, el dominio de clase es un juego de palabras, una derivación ideológica del gobierno representativo. El Estado obrero, de los partidos políticos-socialistas o de los sindicatos, no implicará la dominación de los trabajadores como clase, sino la dominación de minorías surgidas posiblemente del seno del proletariado, pero que serán tan impotentes para crear por decretos la felicidad social, como lo fueron los gobernantes de derecho divino.

Todo Estado es creador de privilegios y de desigualdades. En el Estado proletario sindical no pueden tomar parte todos los obreros sindicados, por la misma razón que no toma parte en el gobierno representativo cada ciudadano elector. El Estado proletario sindical, como todo Estado, es centralista. El federalismo y el estatismo son inconciliables, a no ser que se fuese federalista como lo es Antonio Maura, el político español defensor de la autonomía comunal. El Estado sindical necesita, como todo Estado, sus instrumentos específicos e ineludibles de opresión y de coacción; aun en el caso de que lograse aumentar las fuerzas productoras, no podría prescindir de la máquina administrativa, burocrática, legislativa y judicial, que trabaría y obstaculizaría la libre productividad humana y la iniciativa de los individuos y de los grupos. El Estado sindical se propone la aplicación de un plan uniforme de reorganización social, con la misma ideología autoritaria que los estadistas reformadores intentan establecer sus engendros sociales, económicos y políticos. Pero el bienestar, la abundancia y la armonía de las colectividades; si no son fruto espontáneo de la libertad, son el más utópico de los sueños. Sin el hombre libre no hay fundamento posible de justicia y de felicidad para todos. El Estado sindical desprecia al hombre, como todo autoritarismo lo desprecia. Pero si no es libre el individuo, la libertad social no se comprende.

Si transigimos con la fórmula de que todo el poder ha de ir a los sindicatos, no tenemos razón para combatir al dominio de la burguesía en nombre de la libertad, pues sólo aspiramos a suplantarla con nuestra tiranía la tiranía de los gobernantes actuales. El Estado sindical, como todo Estado, teme a la libertad, porque ésta implica su muerte, su desaparición, y ese temor le lleva a convertirse en una férrea cadena impuesta al hombre desde su nacimiento; el gobierno sindicalista, último refugio del estatismo, en fin, amenaza confiscar los frutos de la revolución en provecho de una minoría dominadora y contra las grandes masas del pueblo. Combatir el gobierno sindicalista en germen, como la

fracasada dictadura del proletariado, el sufragio universal, el constitucionalismo o el imperialismo absolutista, es luchar por la revolución libertadora, por la destrucción de todo poder, de todo autoritarismo, de toda opresión y de toda dominación del hombre por el hombre.

Diego Abad de SANTILLAN.

Oscar Wilde a los estudiantes de Bellas Artes de Norte América

Si un escultor moderno me dice: "¡Muy bien! Pero dónde encontrar modelos de escultura entre los hombres que llevan levita o sombrero de copa?, yo le diría: Id a los muelles de una gran ciudad y observad a los hombres cargando o descargando los vapores gigantescos, haciendo girar la rueda o el cabrestante, templando los cordajes y las amarras. Yo no he visto nunca un hombre haciendo alguna cosa útil que no haya tenido un momento gracioso y bello en su trabajo. Sólo el pereoso y el vago son tan indiferentes para el artista como para sí mismos.

Yo suplicaría a un escultor que me acompañase a vuestras escuelas, a vuestras universidades, a los campos de carrera y a los gimnasios, para que viese a los jóvenes preparándose a partir para una carrera, lanzando el disco o la maza, arrojándose para anudar el cordón de sus zapatos antes de saltar, saliendo del barco o inclinándose sobre los remos y las esculturas. Y cuando se cansase de las ciudades, yo le suplicaría que fuese a vuestros campos y a vuestras praderas

y contemplase allí al segador con su hoz y a los pastores con sus lazos. Porque si un hombre no halla los más nobles motivos para su arte en estas cosas cotidianas y sencillas, como una mujer sacando el agua de un pozo o un hombre apoyado en una hoz, no las encontrará en ninguna parte.

Los griegos esculpiron los dioses y las diosas porque los amaban; pero vosotros no dais gran importancia a los dioses y a las diosas de los griegos, y hacéis bien; y no os preocupáis nada en absoluto de los reyes, y hacéis aún mejor. Vosotros amáis vuestros hombres y vuestras mujeres, vuestras flores y vuestros campos, vuestras colinas y vuestras montañas, y estos son los motivos que vuestro arte deberá reproducir siempre. Nuestro movimiento (1) ha sido el primero que ha reunido al artista y al artesano, porque, recordadlo, separar el uno del otro es matar a los dos; privar al uno de todo motivo espiritual y de toda alegría imaginativa, es quitar a otro toda la perfección de la realidad.

El origen de las dos mayores escuelas de arte en el mundo, la de Escultura, en Atenas, y la de Pintura, en Venecia, arranca de una generación de artesanos sencillos y honrados. Fué el alfarero griego quien enseñó al escultor la influencia moderadora del dibujo que es la gloria del Partenón, y fué el decorador italiano de cofres y muebles domésticos quien sostuvo la pintura veneciana, siempre fiel a las primarias condiciones pictóricas de noble color. No debemos olvidar que todas las artes son bellas artes, y todas las artes, artes decorativas. El mayor triunfo de la pintura italiana fué la decoración de la capilla de un papa de Roma y la pared de una estancia de Venecia.

(1) Prerrafaelismo.

EL TERROR

Brochazos de la represión de Barcelona

LAPIDA
A la gloria inmarchitable de los jóvenes que, durante el biennio terrorífico, han quemado su vida en el ara del ideal.
Con lágrimas,
ANGEL SAMBLANCAT

Os segaron como espigas.
Con la harina de vuestros huesos amasaron su pan, y con vuestra sangre llenaron las copas de la orgía.

Os cortaron a cercén y os quemaron las raíces, para que vuestro corazón no echara flores y para que no retoñara y echara vástagos y renuevos vuestra santa locura.

¿Cásteis levantando los brazos, alzando en las palmas, como una hostia, el ideal por el que dábaís la vida.

Si yo fuera muchacha, pondría en un medallón vuestro retrato y lo llevaría en la cruz de mi garganta; en lo más tibio, blanco, blando e íntimo de mi seno; sobre la misma leche virgen de mis pechos.

¡Poseyentes de toda laya, manga de asesinos!...

—Han de caer diez blusas por cada chaqueta, diez sindicalistas por cada uno de los nuestros — dijeron.

Cada vez que sonaba un disparo, las pobres madres se llevaban la mano a las entrañas.

Estallaban las bombas de la muerte, como rosas de la vida.

Un atentado blanco. Otro. Otro.

Quieren vaciarnos de ideas la cabeza, llenándonosla de plomo.

Un atentado rojo. Otro. Otro. ¡No venceréis!

Quando el tiro no remataba, cuando el balazo no era de gracia, los asesinos mordían de rabia la pistola y babeaban como perros.

Ya le llaman, como llamaba "El Zurriago" a Fernando séptimo: Tigre-Khan

Policías carniceros, esbirros de ojo ramado de sangre, gente que habla con resoplidos y rebufos, que gruñe y que muere, que va en yunta y tira coeces, es la encarnación del principio de autoridad.

El populacho, tenderos y comadres, contemplan las cuerdas de presos y los ven, indiferentes, pasar ante sus fachas carneras.

Cada noche viene más lóbrega, más fornida y más preñada de crímenes.

Las piedras del castillo se estremecían y se reyenían de gozo cuando estallaban las detonaciones de los fusilamientos y los chicharrazos.

Las sombras de las víctimas de todas las represiones, los fantasmas de los fusilados del 9 se levantaban a oír el za-

farrancho y a contemplar los tiros que estrellaban y costelaban la noche.

Era un muchacho fascinador. Inteligente, elocuente, vehementemente valiente. Relucía el acero pavonado de sus ojos, como el cañón de una pistola nueva.

Hermanita, si no has de ser madre de hombres libres, córtate los pezones de los senos, quémate el útero con carbones, achichárrate las entrañas con un hierro candente.

Aquel abogado que, vivo, semejava un andrajo humano, un espantapájaros clavado sobre un trigo, muerto, asesinado y baleado, mártir de su ideal y de su fe, parecía un gladiador derrumbado sobre la arena, un Júpiter de mármol recién descendido de su pedestal.

Os mataban, porque érais lo único que había bulleute y vivo. No nos mañaban a nosotros, porque estábamos ya muertos y exhalábamos feidez de descomposición.

Estaba tendido en mitad de las piedras, sembrada sobre el arroyo la melena de fuego.

Muerto, sonreía, como un niño dormido sobre la cuna en que nació.

El seno de la calle se ensanchaba amoroso, se humanizaba y maternizaba para recibir los cadáveres de sus hijos.

El tiro en la sien le reumbraba, le iluminaba la cara como una estrella.

Los perros, más humanos que los hombres, eran los únicos que se acercaban a las víctimas, y les lamían la frente o les echaban el aliento de su piedad en la cara.

—Mi general, van...
—¡Más!

A los estampidos de las pistolas en la encrucijada sucedían los taponazos del champán en el "cabaret".

¿Terror? No supisteis vosotros nunca, cachorros del Unico, lo que significa esa palabra.

—Había agotado mi juventud y mi sangre, me había exprimido como una uva y me había quedado exhausto, haciendo aquel hijo.

—Yo, su madre, estaba enamorada de él... Dios me perdone, — como una novia.

—Corriéte, hijo mío — le predicaba

yo — Cambia de ideas. Sé bueno.
—Mamá, ¿no lo soy? — me preguntaba él sombrío y atosigado.
—Sí, sí. Tan bueno, que me matas.

Su Escelencia dicen que está malo de miedo.

No se siente seguro ni en su torre de bronce, ni en su automóvil blindado, ni entre su guardia casaca y empalmada, y ha pensado en vivir, como el último de los zares de Moscovia, en un yacht.

Han detenido a una vieja que intentaba penetrar en el Gobierno civil. Llevaba una cuchilla de carnicero envainada en la manga.

Los cascarazos no paran. Los pobres conocen, por instinto o por sugerencias del corazón, los tiros amigos, y los saludan.

En los locutorios carcelarios: —Hijo, no queda ya en casa un hijo que vender o empeñar. Vengo con la cesta vacía.
—Mientras me traigas libros... Tengo más ganas de saber que de comer.

—La lástima es que no le cuelgan a uno del palo de un navío. Siquiera estaría alto y podría tutearse con los espíritus de las nubes.

—Adiós, que me muero. Bébetelo el último aire que sale de mis labios; la sangre de mi pulmón acribillado, que me sube a borbotones a la garganta, que cubre toda a mi boca para besarte.

—Lo que no les perdono es que no me hayan entregado su cuerpo.

—Es igual. Todos nos encontraremos. Coja un puñado de tierra, tómeela en comunión y hágase cuenta que ha comulgado con el corazón de su hijo.

La tierra está tan sembrada de corazones, tan empapada de nuestra sangre, que no hay polvo de ella que no sea sagrado para nosotros, que no sea nosotros mismos.

Si no da la muy prostituida, la querida de canallas y violada de ricos; si no da en lo futuro cosechas óptimas, no será por falta de riego.

Angel SAMBLANCAT.

FILOSOFIA



¡Sí, compañero, hay que trabajar, hay que reconstruir primero. Después haremos la revolución, emanciparemos al trabajo, a la humanidad entera. Por ahora no es el momento todavía...

DE PIERRE RAMUS

EL COMUNISMO ES LOGICAMENTE LIBERTARIO

Hay ciertos principios en el comunismo que son capaces de garantizar la realización de sus elementos de existencia; si ellos no son realizados, entonces ninguna forma de comunismo puede asegurar lo que tales elementos esenciales primitivos debían garantizar.

¿Cuál es el principio fundamental del comunismo?

Se compone de tres elementos, los cuales necesitan una explicación separada, pero que en una sociedad comunista deben estar indisolublemente unidos. Estos tres elementos son:

1.—*Dentro de la sociedad no debe existir ninguna especie de monopolización individual de los instrumentos de trabajo, de la tierra, de las materias primas, de los medios importantes de vida para cada individuo.*

2.—*Las condiciones de vida deben ser tales para todos que ningún individuo esté forzado a dejarse explotar por otro.*

3.—*Para cumplir las condiciones del primero y del segundo principio, cada trabajador voluntario debe tener garantizado socialmente el derecho a entrar en todos los lugares de trabajo que desee, el derecho a emplear y usufructuar libremente todos los instrumentos de trabajo y, como condición preliminar de esto, el derecho a colonizar libremente la tierra de la colectividad comunista.*

En estos tres principios reside la fuerza de gravedad del comunismo, justamente entendido y con especial aplicación a todas sus consecuencias y relaciones de acción, como a sus formas. Pero es indudable que la formulación básica del comunismo por mí presentada no recibió hasta ahora la claridad deseable.

Ya en la primera fórmula me distinguo de los demás expositores. El comunismo significa muy amenudo, en la más vaga locución, "comunidad de bienes". Esta palabra es muy vacía y abre de par en par las puertas a una serie de malas interpretaciones y de abusos. Pues una comunidad es un término que no expresa un concepto exacto; puede ser más grande, más pequeña, voluntariamente variable; se puede decir, ampliando el concepto, que una comunidad no es capaz por sí misma de administrar el conjunto de sus bienes, pues esa administración supone necesariamente una administración de Estado. De este modo se establece, como se sabe, el comunismo autoritario ideal y práctico.

En realidad, la palabra comunismo no significa lingüísticamente ni en su idea *comunidad de bienes*, como fué sostenido obscuramente por los sociólogos y profesores. En su sentido esencial significa sólo el *mantenimiento del derecho económico a la vida del individuo por la sociedad*. Lo que ofrece a esta palabra su aplicación y su derecho de empleo es el modo en que se realiza ese mantenimiento. Y tal misión no puede ser cumplida de otra manera que por la negación del derecho de monopolio sobre las condiciones de la vida y los medios económicos necesarios para todos los individuos — no a causa de cualquier fantástica comunidad de bienes, que no debe ser una deducción lógica, ni mucho menos una suposición necesaria.

Tan falso y erróneo es también el concepto de que el comunismo niega la propiedad. No existe ni un sólo justificativo para una tal afirmación, aparte de las expresiones oscuras de sus representantes, de lo cual no puede haber responsable al principio ni a la idea del comunismo.

Representémonos lo que se puede entender razonablemente por el término *propiedad*. Ante todo es lo que un hombre ha ganado a base de sus propios

esfuerzos. Es claro que tal propiedad no debe estar en oposición con el sentimiento del derecho ni con los intereses y el bienestar comunes. Concebida así, la propiedad significa un bien ganado por el propio trabajo. ¿Y es a esto a lo que debía oponerse el comunismo, es esto lo que debía negar? ¡Qué locura!

¿No es, al contrario, mucho más comprensible que el comunismo, como defensor de los intereses comunes de todos — porque lo es de los de cada uno —, se oponga solamente contra lo que ha usurpado el nombre de "propiedad", contra lo que fué falsamente y arteramente apropiado, pero que en verdad es un robo perpetuado, multiplicado y monopolizado bajo el manto de la propiedad? Tal es realmente la cuestión, como probaremos ampliamente.

Lo que actualmente se llama propiedad no es ni un bien de trabajo ganado por la propia labor, ni siquiera recibido por derecho de herencia. Si fuera esto, perdería para la mayor parte de los poseedores todo su valor y sería para ellos un impedimento, una carga inútil. ¿Qué debería hacer, por ejemplo, un gran terrateniente con sus cientos de miles de metros cuadrados de campo y de bosque a los que no pudiera beneficiar ni trabajar, porque la capacidad de su trabajo y la de su familia no alcanzan a tanto? ¿Qué debería y podría hacer un fabricante con todas sus máquinas, con sus materias primas, con los establecimientos fabriles, si tuviera que hallar en su sola posesión su placer? ¿Qué valor tendría una o más casas para un propietario si las cerrase y no dejase vivir a nadie en ellas y si él mismo no necesitase más que una pequeña parte de tal vivienda como habitación?

Así, pues, reconocemos que la propiedad no es de ninguna manera peligrosa y socialmente nociva, y que lo que se oculta bajo este inofensivo nombre es algo muy distinto. Lo peligroso es la posición del terrateniente, del fabricante y del propietario que consiste en la circunstancia de que está en sus manos la posibilidad de vida de tantos hombres, a los cuales tienen la facultad y el poder de negarles toda posibilidad de existencia. Esos tantos y tantos hombres necesitan para conservar su vida justamente aquello que está en manos del terrateniente, del fabricante y del propietario; y éstos tienen el poder de dictarles un monstruoso tributo, por el cual pueden emplear y beneficiarse de lo que sus semejantes han producido y que es igualmente indispensable a todos.

Aquí tenemos aquello contra lo cual se opone el comunismo, lo que combate, lo que intenta extirpar y lo que en su orden social no debe tener cabida, la positiva oposición de una circunstancia tan terrible y cruel. Es el poder de usar la propiedad contra los intereses comunes, — contra esto lucha la ideología comunista. La propiedad debe estar al servicio de todos, de la comunidad, así como al servicio de cada individuo; nadie debe ser despojado de ese derecho; deberá ser suprimido a los pocos el privilegio de la violencia y del poder con el que pueden atentar continuamente contra el derecho a la vida de todo miembro de la comunidad. Con el mismo privilegio pueden amontonar monstruosas riquezas — mientras millones de hombres están en la mayor privación — por medio del robo llamado beneficio, de la usura y de la exclusión de innumerables seres humanos por el hambre, la miseria, la alimentación deficiente, y por el languidecimiento y la muerte de niños, mujeres y hombres. Por consiguiente el comunismo no se opone contra la propiedad sino contra el abuso del poder de la propiedad, garantizado por el Estado, contra la comunidad y a beneficio de una insignificante minoría, si se compara con las vastas masas

de desposeídos que viven en una constante inseguridad y en una miserable dependencia.

Pero ¿qué es lo que da a algunos individuos del poder de obrar así contra sus semejantes?

No se crea que es una especial maldad de su naturaleza la que obra en ese sentido. Es más bien la forma de monopolio que el Estado ha prestado a la propiedad, forma de monopolio que consiste en tener unos individuos, por el empleo de la violencia, el derecho, — gracias al azar de la herencia, a la astucia o a cualquier otro caso de suerte para llegar a la posesión de la riqueza — de excluir miles y miles de hombres de los bienes que debían pertenecerles y de la utilización y el disfrute de los mismos. Esa facultad de excluir, por unos pocos, a la comunidad del disfrute de los productos creados por y para ella, es lo que combate el comunismo; y la condición siguiente: el tener que trabajar para los monopolistas a fin de poder existir y de recibir de ellos los insuficientes medios de subsistencia — este estado de cosas se aparece al comunismo como la degradación de la personalidad humana, propia de los tiempos de la esclavitud antigua, en lo que también para poder vivir era necesario trabajar para un amo.

Es, por tanto, absolutamente falso que el comunismo quiera abolir la propiedad; quiere únicamente abolir el carácter de monopolio del privilegio de propiedad. Tampoco quiere el comunismo abolir la propiedad privada, es decir, la propiedad que no es la monopolizada. Su tendencia abolicionista se dirige únicamente contra la propiedad *privativa* — esta palabra latina significa "robada"; — ningún miembro de la comunidad humana debe ser subyugado por la propiedad; cada individuo debe poder poseer y disfrutar lo que ha adquirido por su propio trabajo o por trueque, para vivir feliz.

¿Cuál es la forma económica capaz de negar absolutamente el principio del monopolio, que organización de los principios económicos en la sociedad debe hacerlo? Sólo una sociedad sin amos. Ella únicamente guarda los derechos de los intereses colectivos contra las usurpaciones de los pocos, porque es fundamentalmente antimonopolista.

La posibilidad de un monopolio cualquiera es creada por la existencia del Estado. No existió nunca un monopolio anterior al Estado. Primero con su nacimiento por medio de la guerra, comenzó la monopolización de los bienes de la sociedad, los cuales fueron acumulados en parte por la naturaleza y en parte por la asociación y el trabajo humanos. Los que se convirtieron en poderosos por la ofuscación autoritaria de sus semejantes, arrebataron a la comunidad cada vez más el libre aprovechamiento de los bienes resultantes del trabajo y de la vida social, hicieron a ésta tributaria suya, ya cambio del derecho que le reconocieron a vivir en la esclavitud, cuyo derecho no es tampoco reconocido en tiempo de guerra, pues en semejante ocasión el esclavo sigue su teniendo la obligación de matar o dejarse matar por otros y a desangrarse por el derecho, — ahora sí, por el "derecho" — a la perpetuación de su esclavitud bajo una casta de tiranos que ordinariamente hablan su misma lengua.

Así, si el comunismo es antimonopolista

ta, — y no hay ninguno de sus concedores que lo niega —, con mucha razón debe ser antiestatal. Todo intento de establecer el Estado en la sociedad lleva a la derrota del principio antimonopolista del comunismo y a la decadencia de su significación esencial.

Para poder apreciar este conocimiento es necesario que lo apliquemos, no al Estado actual, en cuyos cuadros es imposible por completo un comunismo lógico y real, sino a aquellas formas autoritarias del comunismo que pretenden darle muchos de sus adherentes, los que aspiran a un comunismo de Estado de un carácter más o menos democrático.

Tal comunismo sería una viviente contradicción consigo mismo. Pues ¿qué es lo que dice en la realidad? Nada más que esto: los productos han pasado de manos de unos cuantos monopolistas a las de uno solo, es decir, al Estado. ¿Tendría algo que ver tal situación con el comunismo? No, pues es más bien una desfiguración, una caricatura que tiene más de los principios esenciales del monopolio universal estatista que de los del comunismo. Especialmente la guerra mundial nos ha enseñado que el Estado realiza una humillante e infame esclavitud del individuo, donde prevalece su despotismo económico bajo la forma de unos principios de igualdad pseudo-comunistas.

Un Estado sin monopolios es imposible — ¿por qué medio debería conservarse el Estado y establecer su dominio sino por ese? — y para un observador juicioso, Estado y comunismo son opuestos. Un comunismo realmente consecuente niega por sus principios esenciales toda especie de estatismo, porque el Estado significa inevitable monopolización. Por consiguiente el comunismo es lógicamente libertario.

(Concluirá)

La sociedad establecida para hacer respetar el derecho de todos está en el deber de obligarme a respetarla. Mas, que tomando este deber por pretexto, no venga nunca la sociedad y diga: Tienes el derecho, pero no puedes ejercerlo mientras no hayas cultivado tu crecimiento o me pagues un tributo, porque me crees entonces con la facultad de contestarte: ¿Quién eres tú para impedir el uso de mis derechos de hombre? Sociedad páfida y tiránica; te he creado para que los defiendas y no para que los contres; vé y volve a los abismos de tu origen, a los abismos de la nada.

PI y MARGALL.

Y se han visto los hijos del pueblo levantar los brazos contra el pueblo, degollar sus hermanos, encadenar sus padres y olvidar hasta las entrañas que los habían llevado.

Y cuando se les decía: en nombre de todo lo que es sagrado, pensad en tu injusticia, en la atrocidad de lo que se os ordena, respondían: Nosotros no pensamos, obedecemos.

LAMENNAIS

